

dos. Se horrorizaba de las violencias hechas á la Representacion, de la opresion de la Convencion, de los patibulos; pero más horror le causaban los desastres de su territorio y la invasion del extranjero. No ponía entónces en balanza la tiranía pasajera de un comité de salud pública, por atroz que fuese, con la destruccion de la patria y la descomposicion de la unidad nacional, á la cual creía sacrificarse ella misma. El nombre de federalista era más que una injuria en la creencia del pueblo: era un paricidio que, segun él, sólo podía expiarse con la muerte.

Aquella sospecha de federalismo enviaba diariamente al patibulo los que con este nombre eran designados á la venganza del pueblo. Marat no cesaba de marcar con él á todos los que estaban relacionados con los diputados proscritos por algun vínculo de opinion ó de interes. Desde el dia de su triunfo se habia constituido en acusador público de la municipalidad, de los Franciscanos y hasta de la Convencion. La vacilacion de Danton, la contemporizacion de Robespierre y la moderacion de los Jacobinos, elevaban entónces á Marat al apogeo de su popularidad y de su poder. Se atrevia á ejecutar todo lo que meditaba, y su calenturienta imaginacion no ponía ya límites á sus ideales concepciones. Afectaba mucho desprecio hácia la Convencion, desdeñándose de asistir á sus sesiones, y al oír los nombres de Robespierre y Danton, se encogía de hombros, considerándoles incapaces de completar la revolucion y regenerar al pueblo, el uno por falta de virtud, y el otro por carecer de genio. Deslumbrábale la elevacion á que le habian conducido sus propias locuras. Creía reasumir de pleno derecho en su persona el número, el derecho y la voluntad de las masas. Adoraba en sí mismo la divinidad del pueblo.

El culto que á sí mismo se tributaba le habia inspirado á la parte ignorante y turbulenta de la nacion, y sobre todo del populacho de Paris, siendo Marat para ella la sublimidad del patriotismo. «Marat nos es necesario,—decía Camilo Desmoulins á Danton para excusarse de la adulacion que tributaba á aquel hombre.—Mientras tengamos á Marat de nuestra parte, el pueblo tendrá confianza en nuestras opiniones y no nos abandonará; porque fuera de las opiniones de Marat, no hay nada. Sobrepuja á todos, y nadie puede excederle.»

Desde la expulsion de los girondinos se habia recusado como diputado, no queriendo, decía, fallar como juez sobre los que consideraba como enemigos personales. Su parecer era la insurreccion, y por eso desdeñaba él de la Convencion y la espada de la ley. Devorado por una fiebre lenta y una horrible lepra, espuma visible de la efervescencia de su sangre, no salía casi de la morada sombría y recóndita donde habitaba. Desde allí, invisible y enfermo, no cesaba de señalar proscriciones al pueblo, designar los sospechosos, indicar las víctimas y promulgar sus órdenes á la misma Convencion. Esta escuchaba la lectura de sus cartas con verdadero disgusto, pero con deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de Francia contra sus enemigos, daban á éstos en los departamentos el nombre de maratistas; pero esta denominacion injuriosa engrandeció aún más á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos resumían en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crimen en aquel sér viviente y siniestro, hacían al mismo crimen más terrible y odioso.

## LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Juicio.—Ejecucion.

### I

Mas entre tanto que Paris, Francia, los jefes y los ejércitos de las facciones se disponían de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven, é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una mujer por entre el destino de la revolucion. Podría creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo, uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad; ambos, sin embargo, tendían en su extravío al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte en la posteridad, no por el objeto, sino por el medio; no por el semblante, sino por la mano; no por el alma, sino por la sangre.

En una calle ancha y poblada que atraviesa la ciudad de Caen, capital de la Baja Normandía y centro entónces de la insurreccion girondina, se veía en el fondo de un patio una antigua casa de ennegrecidas paredes, descarnadas por la lluvia y resquebrajadas por el tiempo. Llamábase esta casa el *Grand Manoir*. Una fuente con pilon de piedra cubierto de verdoso musgo ocupaba un ángulo del patio. Por entre una puerta angosta y baja, cuyas jambas acanaladas se reunían en el vértice formando arco, se divisaban los escalones carcomidos de una escalera de caracol que conducía al piso superior. Dos ventanas con crúceros, cuyos vidrios octógonos estaban asegurados en compartimientos de plomo, daban una luz débil á la escalera y á los vastos aposentos desguarnecidos. Esta luz pálida comunicaba á aquella morada, por esta vetustez y esta oscuridad, ese aspecto ruinoso, misterioso y melancólico que la imaginacion humana se complace en ver extendido como un sudario en las cunas de los grandes pensamientos y en las mansiones de las almas grandes. Allí vivía á principios de 1793 una nieta del gran trágico frances Pedro Corneille. Los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos otra diferencia que la de la idea al hecho. Los unos ejecutan lo que los otros conciben, pero es un mismo pensamiento. Las mujeres



son naturalmente entusiastas como los unos y animosas como los otros. La poesía, el heroísmo y el amor son de una misma sangre.

Aquella casa pertenecía á una pobre viuda sin hijos, anciana y enferma, llamada madama de Bretteville. Con ella habitaba algunos años hacia una jóven sobrina á quien habia recogido y educado para consuelo de su vejez y para aliviar su aislamiento. Aquella jóven fenía entónces veinticuatro años. Su belleza grave, serena y recatada, aunque brillante, parecia haber contraído en el fondo del corazón el sello de aquella mansion austera y de aquella vida retirada. Habia en ella algo semejante á una aparicion. Los moradores del barrio, que la veian salir el domingo con su anciana tia para ir á las iglesias, ó la divisaban por entre la puerta leyendo en el patio durante muchas horas, sentada al sol en el pilon de la fuente, refieren que su admiracion hácia ella iba mezclada de prestigio y respeto, ora fuese el rayo de un pensamiento fuerte que intimida la vista del vulgo, ora la atmósfera del alma que se retrataba en sus facciones, ora presentimiento de un destino trágico que de antemano brillaba en su frente.

Aquella jóven era de elevada estatura, aunque no sobrepujaba el talle comun de las mujeres altas y esbeltas de Normandía. La gracia y la dignidad natural daban acento, como un ritmo interior, á su andar y á sus movimientos. El ardor del Mediodía se mezclaba en su tez al color de las mujeres del Norte. Sus cabellos parecian negros cuando estaban prendidos en masa alrededor de su cabeza ó cuando formaban dos ondas en su frente; parecian de oro pulido en la punta de las trenzas, cual la espiga que al sol resplandece más que el tallo. Sus ojos, grandes y rasgados hasta las sienas, eran de color cambiante como el mar, que roba sus matices á la sombra ó á la luz; azules cuando reflexionaba, y cuando se animaba casi negros. Sus pestañas, muy largas y más negras que su pelo, daban á su mirada un aspecto de lontananza. Su nariz, que iba á unirse á la frente formando una curva insensible, estaba un poco elevada hácia el medio. Su boca griega dibujaba sus labios con limpieza, fluctuando en ellos una expresion incomprendible, entre ternura y severidad, igualmente capaz de respirar el amor ó el patriotismo. La barba realzada, dividida por un surco muy profundo, daba á la parte inferior de su rostro un acento de resolucion varonil que formaba contraste con la gracia femenil de sus contornos. Sus mejillas tenian la frescura de la juventud y formaban un óvalo que respiraba salud. Se sonrojaba y palidecia con facilidad. Tenia su piel esa blancura sana y jaspeada de vida. Su pecho ancho y un tanto descarnado parecia un busto apénas ondulado. Sus brazos eran musculosos, sus manos largas, sus dedos delicados. Su traje, con arreglo á la medianía de su fortuna y al retiro en que vivia, respiraba una sobria sencillez. Se fiaba en la naturaleza, desdeñando todo artificio ó todo capricho de la moda. Los que en su adolescencia la vieron, la pintan siempre uniformemente vestida con un traje de paño oscuro cortado á la amazona, y cubierta con un sombrero de fieltro gris, de alas recogidas y adornado con cintas negras, segun costumbre entónces de las mujeres de su clase. El acento de su voz, ese eco vivo que reasume toda un alma en una vibracion del aire, dejaba una profunda y tierna impresion en el oido de las personas á quienes dirigia la palabra. Todavía hablaban de aquel timbre de voz diez años despues de haberla oido, como de una música extraña é indeleble grabada en la memoria. Tenia en esa clave del alma notas tan sonoras y tan graves, que

oiria, segun dicen, era más que verla, formando la voz en ella parte de su hermosura.

Aquella jóven se llamaba Carlota Corday-d'Armont. Aunque de noble estirpe, habia nacido en una cabaña denominada la Ronceray, en la aldea de Lignerles, no léjos de Argentan. El infortunio la habia recibido en una vida que debia abandonar en el cadalso.

## II

Su padre, Francisco de Corday-d'Armont, era uno de aquellos nobles de provincia á quienes la pobreza confunde casi con el aldeano. Esta nobleza no conservaba de su antigua elevacion sino cierto respeto hácia el nombre de familia, y una esperanza vaga de recobrar su fortuna, que le impedia al mismo tiempo humillarse en sus costumbres y realizarse por el trabajo. Las tierras que cultivaba aquella nobleza rural en pequeñas posesiones inalienables era lo único que la mantenía sin humillarla con su indigencia. La nobleza y la tierra parecian haberse casado en Francia, como lo hacen en Venecia la aristocracia y el mar. Mr. de Corday unia á sus ocupaciones agrícolas cierta inquietud política y gustos literarios, muy difundidos entónces en aquella clase literata de la poblacion noble. Su



Casa de Carlota Corday en Caen.—Pág. 36.



alma preveía una próxima revolución. Traíale desasosegado su inacción y miseria. Había escrito algunas obras de circunstancias contra el despotismo y el derecho de primogenitura, y en ellas se dejaba ver el espíritu que iba á brotar. Tenía el odio á la superstición, el ardor de una naciente filosofía y el presentimiento de una revolución necesaria. O bien fuese por insuficiencia de genio, ó bien por inquietud de carácter, ó por obstinación de la fortuna que oscurece á los mejores talentos, no pudo hacerse lugar entre los sucesos de su época.

Languidecía en su pequeño feudo de Ligneries, en medio de una familia que de año en año se acrecentaba. Cinco hijos, de los cuales dos eran varones y tres hembras, siendo Carlota la segunda de éstas, le hacían conocer cada día más las penalidades de la necesidad. Su mujer, Jacoba Carlota María de Gontier-des-Autiers, murió de estas angustias, dejando un padre á sus tiernas hijas, pero dejando en realidad sus almas huérfanas de esa tradición doméstica y de esa inspiración diaria que con la madre arrebató la muerte á los hijos.

Carlota y sus hermanas vivieron algunos años aún en Ligneries, casi abandonadas á la naturaleza, vestidas con lienzo tosco como las aldeanas de Normandía, y como ellas escardando el jardín, segando el prado, espigando los haces y cogiendo las manzanas de la reducida posesión de su padre. Al fin, la necesidad obligó á Mr. Corday á separarse de sus hijas, que bajo los auspicios de su nobleza é indigencia entraron en un monasterio de Caen, llamado la Abadía de las Damas, cuya abadesa era la señora de Belzunce. Este monasterio, cuyos vastos claustros y capilla de arquitectura romana se habían construido en 1066 por Matilde, mujer de Guillermo el Conquistador, después de haber estado desierto, degradado y olvidado entre las ruinas hasta 1730, fué magníficamente restaurado después, siendo en el día uno de los más bellos hospicios del reino y uno de los más espléndidos monumentos públicos de la ciudad de Caen y de Normandía.

Carlota tenía trece años. Aquellos conventos eran entonces verdaderos retiros cristianos en que las mujeres vivían apartadas del mundo, pero escuchando todos sus rumores y participando de todos sus movimientos. La vida monástica, llena de prácticas apacibles, de amistades íntimas, sedujo por algún tiempo á la tierna niña. Su alma ardiente y su imaginación apasionada la impulsaron á esa contemplación meditabunda en el fondo de la cual se cree percibir á Dios; estado del alma que el imperio afectuoso de una superior y el poder de imitación cambian tan fácilmente en la niñez en fe y en ejercicio de devoción. El carácter de hierro de madama Roland se había encendido y amoldado también en este fuego celeste. Carlota, más tierna, cedió á él con más facilidad aún, y durante algunos años fué un modelo de piedad. Pensaba encerrar su vida, apenas abierta en aquella primera página, y encerrarse en aquella tumba, donde en lugar de la muerte hallaba el reposo, la amistad y la dicha.

Pero cuanto más se esforzaba su alma, más aprisa se abismaba y llegaba á la extremidad de sus pensamientos. Presto descendió al fondo de su fe infantil; más allá de sus dogmas domésticos divisó otros dogmas nuevos, luminosos y sublimes. No abandonó á Dios ni á la virtud, pero dióles otros nombres y diferentes formas. La filosofía, que entonces inundaba á Francia con sus destellos, penetraba con los libros en boga por las rejas de los monasterios. Allí era donde profundamente meditaba en el recogimiento del claustro y en oposición con las pequeñeces

monásticas, formando la filosofía sus más ardientes adeptos. Los jóvenes de ambos sexos veían sobre todo en el triunfo de la razón general sus cadenas quebrantadas y adoraban su reconquistada libertad.

Carlota contrajo en el convento esas tiernas predilecciones de niñez, semejantes á parentescos de corazón. Sus amigas eran dos jóvenes de nobles casas y de humilde fortuna como ella: las señoritas de Faudois y de Forbin. La abadesa, madama de Belzunce, y su coadjutora, madama Doulcet de Pontecoulant, habían distinguido á Carlota y la admitían en aquellas sociedades algo mundanas que la costumbre permitía á las abadesas mantener con sus parientes en el recinto mismo de sus conventos. Carlota había conocido allí á dos sobrinos de dichas señoras: Mr. de Belzunce, coronel de un regimiento de caballería de guarnición en Caen, y Mr. Doulcet de Pontecoulant, oficial de guardias de corps del rey. El uno debía ser más tarde asesinado en un motín del populacho en Caen, y el otro iba á adoptar con moderada constancia la revolución, entrar en la Asamblea legislativa y en la Convención, y sufrir luego el destierro y persecución por la causa de los girondinos. Después se ha supuesto que el recuerdo harto tierno del joven Belzunce, inmolado en Caen por el pueblo, había hecho jurar á Carlota, viuda de su primer amor, una venganza que debía recaer en Marat. Nada puede confirmar esta suposición, y todo la refuta. Si la revolución no hubiera excitado en el corazón de Carlota otra cosa que el horror y el resentimiento del asesinato de un amante, hubiera confundido en el mismo odio á todos los partidos de la república, y no hubiera abrazado hasta el fanatismo y la muerte una causa que había ensangrentado sus recuerdos y enlutado su porvenir.

Al suprimirse los monasterios, tenía Carlota diez y nueve años. La miseria de la casa paterna se había acrecentado con el tiempo. Sus dos hermanos, que habían entrado en el servicio militar, habían emigrado. Una de sus hermanas había muerto, y la otra dirigía en Argentan la pobre morada de su padre. La anciana tía, madama de Bretteville, recogió á Carlota en su casa de Caen, aunque, como toda la familia, carecía de fortuna. Vivía en ese silencio y oscuridad que apenas revelan á los vecinos más inmediatos el nombre y existencia de una pobre viuda. Su edad y enfermedades oscurecían todavía más la sombra que su condición proyectaba sobre su vida. Sólo una mujer la servía. Carlota ayudaba á ésta en los cuidados domésticos, recibía con gracia á las antiguas amigas de la casa, y por la noche acompañaba á su tía á aquellas reuniones nobles de la ciudad, no dispersadas aún por el furor popular, y en donde era permitido á algunos vetustos restos del antiguo régimen reunirse para consolarse y gemir. Carlota, respetuosa hacía aquellos tristes recuerdos y supersticiones de lo pasado, nunca los contrariaba con palabras crueles; pero se sonreía de ellos interiormente, y alimentaba en su alma el foco de opiniones distintas, que cada día se iba haciendo más ardiente. La ternura de su alma, la gracia de sus facciones, la puerilidad infantil de sus modales, no dejaban, sin embargo, sospechar ningún pensamiento fijo bajo su alegría. Su apacible regocijo brillaba en la vieja casa de su tía, como el rayo de la mañana de un día borrascoso, tanto más resplandeciente cuanto más tenebrosa será la tarde.

Después de cumplir con los cuidados domésticos y de acompañar á su tía á la iglesia y volverla á traer, Carlota podía disponer de todos sus pensamientos y de todas sus horas. Pasaba sus días jugueteando en el patio y en el jardín, medi-



tando y leyendo. Nadie la molestaba ni la dirigía en su libertad, en sus opiniones ni en sus lecturas. Las opiniones religiosas y políticas de madama de Bretteville eran hábitos más bien que convicciones; las conservaba como costumbre de su edad y de su tiempo, pero no las imponía. Por otra parte, la filosofía había minado entonces el fundamento de las creencias hasta en el mismo espíritu de la antigua nobleza. La revolución lo ponía todo en duda, y era poca la adhesión que se tenía á ideas que todos los días se veían vacilar y caer. Además, las opiniones republicanas del padre de Carlota se habían infiltrado más ó ménos en sus deudos. La familia de Corday tenía alguna inclinación á las ideas nuevas. La misma señora de Bretteville ocultaba, bajo la apariencia de su sentimiento hácia el antiguo régimen, un favor secreto á la revolución. Dejaba á su sobrina nutrirse en las obras, opiniones y periódicos de su gusto. La edad de Carlota la inclinaba á la lectura de novelas, que ofrecen meditaciones ya del todo hechas á la imaginación de las almas ociosas; pero su mente la movía á la lectura de obras de filosofía, que transforman los instintos vagos de la humanidad en teorías sublimes de gobierno, y á la de libros de historia, que cambian las teorías en acciones y las ideas en hombres.

Esta doble necesidad de su entendimiento y de su corazón la encontraba satisfecha en Juan Jacobo Rousseau, ese filósofo del amor y ese poeta de la política; en Raynal, ese fanático de la humanidad; en Plutarco, en fin, ese personificador de la historia, que pinta más bien que narra, y que vivifica los sucesos y caracteres de sus héroes. Estos tres libros se sucedían sin cesar en sus manos. También hojeaba las obras apasionadas ó ligeras de la época, como la *Eloisa ó Faublas*. Pero aunque su imaginación prendió en ellos sus meditaciones, nunca perdió su alma el pudor, ni su adolescencia la castidad. Devorada por la necesidad de amar, inspirando y experimentando á veces los primeros síntomas del amor, su reserva, su dependencia y su miseria contuvieron siempre las íntimas manifestaciones de sus sentimientos. Desgarraba su corazón para desprender violentamente de él el primer lazo que se le prendía. Su amor, rechazado de esta manera por la voluntad y el destino, cambió, no de naturaleza, sino de ideal. Se transformó en un vago y sublime pensamiento de sacrificio á la felicidad pública. Aquel corazón era demasiado vasto para que sólo contuviera su propia felicidad; quiso encerrar en él la de todo un pueblo. El fuego en que por un solo hombre hubiera ardido, lo consumió todo por su patria. Se concentró más y más en estas ideas, meditando sin cesar cuál era el servicio que podía hacer á la humanidad. La sed del sacrificio de sí misma había llegado á ser su demencia, su amor ó su virtud. Aun cuando este sacrificio debiera ser sangriento, estaba resuelta á cumplirlo. Había llegado á ese estado desesperado del alma, que es el suicidio de la dicha, no en provecho de la gloria ó de la ambición, como madama Roland, sino en el de la libertad y de la humanidad, como Judith ó Epicharis. No le faltaba más que una ocasión; la estaba espiando, y creyó haberla hallado.

## III

Era el momento en que los girondinos luchaban con arranques de valor y de elocuencia prodigiosos contra sus enemigos en la Convención. Creíase que los jaco-



CARLOTA CORDAY.

